

Si un observador pudiera colocarse en medio del gran movimiento de los astros, si pudiera penetrar los secretos de evolución de la materia cósmica y mirar la formación de nuevos mundos á través de evoluciones sucesivas, ¿no es verdad que su admiración no tendría límites? Y sin embargo, esto es nada en comparación de espíritu que es la síntesis de las obras de Dios.

Pues ya que la ciencia en su afán de confundir el concepto espiritual con el concepto material, no puede dejar satisfecha nuestra razón, por serle imposible hacernos entender la naturaleza íntima de aquel, por serle imposible negar las manifestaciones de sus facultades que sólo se observan en el hombre, preciso es confesar, cuando menos, que esto es un misterio que está fuera de nuestro alcance, y atenernos á la verdad revelada, á esa verdad enseñada por Dios y que la Iglesia católica publica á diario, y que es la que más satisface al alma.

#### V.

Si averiguamos el fundamento de todo materialismo, sólo podemos encontrarlo

en hipótesis previamente establecidas, y más ó menos ingeniosas. Ninguna verdad demostrada evidentemente, como debía exigirse por todos los que ansían salir del error, si es que por error tienen las enseñanzas metafísicas. Ninguna afirmación rotunda se tiene en este sentido que pudiera justificar á los que voluntariamente se apartan de la verdad revelada.

Mas si en vez de consagrar todo su ingenio al descubrimiento de nuestro origen en la materia, pusieran empeño en estudiar la verdad bíblica destituidos de toda prevención, ya hubieran colmado sus deseos.

En efecto, todo hecho real se revela por sus antecedentes, y hasta las cosas que están en el porvenir se pueden adivinar por la inducción y deducción. Ahora bien, en la Biblia se encuentran sucesos verificados que antes habían sido predichos. Además todavía quedan algunos de ellos cuya realización se espera aún. ¿Por qué entonces no fijar la atención en estas cosas vaticinadas?

Hoy, á la altura en que se encuentra la moderna civilización, ningún temor puede

abrigarse acerca del criterio que se tenga de los hechos bíblicos, y así fácil es aplicarles todo el rigor de la lógica para ver si corresponden ó no á esa verdad que á diario decantan. Allí tenemos sus libros de profecías, entre los que descuellan Isaías, Jeremías, Barruch, Ezequiel y otros verdaderamente inspirados. Hombres que han vaticinado el porvenir, y de cuyos vaticinios se puede juzgar aún, pues algunos no se han realizado.

Así podemos tomar como punto de partida lo que anuncia Isaías del pueblo israelita respecto de su último cautiverio (721 antes de Jesucristo) en el capítulo XLIX versos del 18 al 21. Este enviado de Dios anuncia la venida del Mesías que debía nacer de una virgen cap. VII v. 14. Aquí tenemos un hecho consumado y otro que existe en el porvenir. El nacimiento del Salvador del mundo está en la conciencia universal, y la vuelta del pueblo de israel á su antigua autonomía, ó sea, como nación independiente, es cosa envuelta en el más dudoso problema.

Para juzgar de lo verosímil ó inverosímil de la vuelta de los israelitas á su antiguo esplendor, es preciso traer aunque

sea á grandes rasgos, los hechos más salientes de su historia, y así podemos comenzar por la época en que más florecieron. Es un hecho no negado, ni siquiera puesto en duda, que éste pueblo existió en el mundo como nación independiente, y que el espíritu de conquista le hizo perder su nacionalidad: es otro hecho cierto que en él nació Jesucristo á quien por intrigas de los fariseos y sacerdotes se le dió muerte de cruz: y también es cierto que por sublevación de este mismo pueblo contra los romanos, fué arrojado de la Palestina, y desde entonces anda errante como hasta hoy con el estigma con que el mundo lo distingue. ¿Quién no sabe lo despreciable que ha sido el judío en todas partes?

Por los hechos que hemos traído, aparece que los restos de un pueblo que antes floreciera, anda disperso en todos los países del globo: que este pueblo, aunque no forma cuerpo de nación, abriga la esperanza de reunirse algún día, en su antigua capital Jerusalem, y así sabemos que los más ricos del mundo, (porque ellos son los que más riqueza poseen), se proponen hoy comprar al Sultán de Turquía, la ciu-

dad santa, la ciudad testigo del más sangriento y trascendental drama del Calvario, para constituirse otra vez en nación. Ahora bien, esto no es un imposible si se tiene en cuenta: 1º el próximo desmoronamiento del imperio otomano y 2º el temor que el Sultán debe abrigar de que la rapacidad de una de las potencias de primer orden se la llegara á adjudicar por la razón de la fuerza.

Hemos visto, pues, que la profecía de Isaías cumplida en parte, toda ella es verosímil respecto del porvenir del pueblo de israel, y así podemos aplicar la inducción y deducción de todo cuanto se ha dicho de los judíos por sus profetas.

En efecto, si analizamos los hechos consumados, predichos antes, aparecen estos corresponder con exactitud matemática á la profecía; pero como siempre se ha puesto en duda el criterio de los judíos en asuntos religiosos, por tenérseles como fanáticos, hemos escogido una de las más antiguas que en parte se ha cumplido y en parte no, para que á la luz de la moderna civilización pueda apreciarse si tiene ó no algún fundamento que pueda pesar en el criterio del pensador de actualidad.

Ese pueblo escogido, nos presenta una historia que puede considerarse como el espejo de la humanidad. En ella se encuentran como cincelados todos los hechos que advertimos en los demás pueblos antiguos y modernos, y es él, quien ha conservado desde los primeros albores de su existencia, las verdaderas nociones de Dios. Su Talmud, parte de la Biblia católica, es el libro más inspirado y lleno de verdad. ¿Con cuál de los códigos políticos ó religiosos del mundo puede compararse?

De los pueblos de la antigüedad tenemos los Vedas de la india, los Zend-Avestas de los persas, el Corán de los árabes, y todos los Códigos políticos de las naciones modernas, y veremos si pueden compararse con la Biblia católica.

Esta, además de contener las grandes verdades que Dios ha revelado á los hombres, contiene también predicciones para el porvenir, afirmadas con una fuerza de autoridad que verdaderamente llama la atención. ¿Y cuál de las naciones antiguas ó modernas han poseído jamás un código como éste? Si abrimos esos monumentales Vedas, ¿qué encontramos en ellos? El panteísmo en todas sus manifestaciones

seguido por los evolucionistas modernos, y así de todos los demás que, como obras del hombre, están sujetas á error.

Podrá decirse que el moderno pensador no quiere para nada ningún Código religioso; que la libre manifestación del pensamiento lo pone á cubierto de cualquiera censura, y es por lo tanto perfectamente inútil ocuparse de ellos; y responderemos que hay que reconocer que son las primeras fuentes del progreso de la humanidad. ¿Quién puede dudar que todas las conquistas del hombre en el orden moral son consignadas en los códigos de las naciones? Y ¿quién puede negar que estas se constituyen en el orden civil inspirándose en ellos?

La decantada emancipación del hombre, todas esas libertades públicas, bajo cuya benéfica sombra se ampara el desvalido ¿de dónde han venido? ¿Podrá desconocerse que se tomaron de las enseñanzas de la Biblia católica?

Aparece en ella Jesucristo que obscurece todas las grandes figuras anteriores, y por el cual todos los hechos pasados no son otra cosa que pálidas estrellas perdidas en el horizonte de los tiempos y eclip-

sadas por aquel meteoro de nítida y deslumbrante luz. Y como dice Kravér: «Jesús, personificación exacta de una escuela, que participando de todas las anteriores, supera, sin embargo, y se escapa de todas ellas, defensor y propagador de los derechos del hombre, gigante fundido en un molde superior para hacer la guerra al tirano y al déspota, amparando al débil y al oprimido, con los pies hundidos entre el lodo de la tierra y con la frente tocando en el cielo, es la roca inaccesible donde vienen á estrellarse todas las violencias, todos los abusos, todos los vicios de las pasadas generaciones y de donde brota la razón y el derecho, la libertad y la justicia, la civilización poderosa y fecunda que á tan alto grado elevaron las generaciones posteriores.

«Sublime revolucionario en el orden moral, antes que derramar la sangre de los pueblos, á quienes trataba de redimir de la esclavitud que sufrían, derramó la suya, brotando desde el Calvario la aparición de nuevos pueblos regenerados por medio de la palabra y con la sangre de un mártir.»

He aquí el bellissimo ideal de toda la

Biblia. Desde el Génesis hasta el último evangelio viene pregonando á las naciones todas, la aparición del Hombre-Dios, del Salvador del mundo, quien por amor al hombre fundó su Iglesia, la Iglesia católica, la cual, aunque poderosamente combatida desde su primer origen, marcha, sin embargo, impasible á través de todos los siglos que le son adversos.

Foco de luz que ilumina los horizontes de la humanidad, es á quien se debe el perfeccionamiento de las modernas sociedades: es ella la que pregona á Dios como Autor de todo lo creado y la que mide y anota con poder sobrenatural el grado de extravío de los hombres: la que con incansable amor y abnegación los llama á diario para participar de todos los dones que á ella le han sido otorgados: la que, aunque hoy despreciada, sigue su obra de regeneración, y así vemos sus misiones en los imperios de la China, del Japón, y en toda el Africa, que tienen por objeto difundir la luz esplendorosa del cristianismo. Luz que cambió la faz de los pueblos que hoy hacen sentir su poderoso influjo, y que cambiará también la de aquellos de igual manera.

¿Podrá negarse que á ella se debe nuestro estado de adelanto actual? Pues fijese bien la mirada hacia esos pueblos á quienes todavía se está llevando la verdad evangélica, y tómese nota del estado de atraso en que yacen hoy, para compararlo con el que adquieran en adelante. Para la historia que vive en las inmensidades del tiempo, nada son los centenares de años que necesitan los pueblos para su regeneración, y así, esto que hoy decimos, respecto de esos bárbaros pueblos, puede confirmarse ó desmentirse algún día.

¿Y cómo se paga á esta gran maestra de las naciones? Con el desprecio, que es como el hombre quiere pagar á Dios el grandísimo bien que recibe por su existencia. Muchos hay que por negra ingratitud hacen derivar el progreso actual, del renacimiento, de esa época de la resurrección de las letras y las artes que desaparecieron con la caída del imperio romano, olvidando, que es condición indispensable de la humanidad el recuerdo del pasado.

En efecto, si la Iglesia católica no hubiera proyectado á los pueblos de la antigüedad, esa luz divina que los hizo salir de la obscuridad profunda en que vivían,

¿podían éstos con el renacimiento significar, lo que hoy significan? ¿Podían mejorar con éste la condición miserable del hombre?

Las más hermosas conquistas de los pueblos florecientes de la antigüedad, entre ellos Grecia y Roma v. g. ¿á qué se reducían en orden á los derechos del hombre? ¿No es verdad que para ellos, el pueblo era el único digno de su atención, quedando el ciudadano como fundido en el olvido? Por eso vemos que se legislaba para el pueblo, mas no para el ciudadano á quien no se tenía en consideración para nada.

El cristianismo siguiendo otra senda declaró, que antes que los pueblos era el hombre, que antes que los derechos del Estado estaban los de aquel, y así pudo asomar la cabeza ese enjambre de esclavos que vivía y se nutría en las más asquerosas cloacas de la nobleza de todos los pueblos de la antigüedad, inclusive el imperio romano, que entonces marchaba á la vanguardia de la civilización. Enjambre de seres desgraciados, que desconocidos del mundo jamás hubieran tenido personalidad, si el cristianismo no se hubiera ocu-

pado de escarbarlos del lodo mismo de aquellas sociedades para formar con ellos otros pueblos, otra civilización de que hoy se envanece el mundo.

## VI.

Jesucristo al fundar su Iglesia, aunque esta es para el género humano, escoge sin embargo, como elementos primordiales de ella, los más desgraciados, la clase ínfima de la sociedad, para demostrar al mundo lo que el hombre puede valer por la voluntad soberana de Dios. Con doce miserables ignorantes funda lo más grande que hasta entonces había conocido la humanidad, y estos hombres oscuros, divulgando la divina palabra, hacen sentir al mundo su poderosa influencia y cambian la faz de todo lo existente.

Y este hecho que por sí mismo es un fenómeno social inexplicable, ¿no prueba que el fundador del cristianismo es el mismo Dios? ¿Puede el más sabio y poderoso de la tierra hacer brotar una religión en el mundo, que pregonada por unos cuantos ignorantes alcance á variar la faz de las sociedades? El hecho mismo de su exis-